



XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“Estén atentos y vigilen, porque ignoran
cuándo será el momento”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Daniel 12,1-3; Hebreos 10,11-14.18; Marcos 13,24-32

El evangelio de Marcos, como también el de Mateo y el de Lucas que le siguen, recordando los acontecimientos vividos por Jesús los últimos días en Jerusalén, recoge una larga instrucción de Jesús, que suele designarse como el “discurso escatológico”. No es fácil, ni es unánime su interpretación. De todas formas, les recomiendo leer el capítulo completo para poner en contexto los versículos que hoy se nos proponen. Algunos piensan que el contenido del capítulo habría que enmarcarlo en el contexto que se vive en tiempos del evangelista, cuando las jóvenes comunidades cristianas viven atemorizadas ante la persecución, e incluso el mismo pueblo judío se siente amenazado por una posible destrucción, que de hecho ocurrirá el año 70. A la vez, cuando el evangelio se escribe, la comunidad vive en la fe del Cristo Resucitado, vencedor de la muerte y fuente de firme esperanza aun en medio de la tribulación. En ese contexto se recuerdan y reúnen las palabras de Jesús.

Literariamente la situación se describe en el estilo del llamado género “apocalíptico”, ya presente en otros libros de la Biblia hebrea, como el de Daniel, y en otros escritos judíos. Supone una poderosa intervención de Dios en la naturaleza (catástrofes cósmicas, terremotos, guerras) con el consiguiente desconcierto y temor de la gente (13,7-13), en orden a una transformación del mundo viejo, caduco, en una realidad nueva más de acuerdo con el proyecto salvífico de Dios. Marcos –y probablemente también Jesús- toma en cuenta este enfoque para responder a las inquietudes que la gente de ese tiempo y los mismos discípulos se plantean, y para hacerse comprender mejor en medio de las angustias con que lo viven.

Primero se había referido a la ruina del Templo: “no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida” (13,2). Ya había tenido anteriormente palabras muy duras: “lo han convertido en cueva de bandidos” (11,17). Más que a la destrucción material, Jesús

* Ciclo A

se está refiriendo a algo más radical, el fin de un sistema religioso basado en la localización del Dios todopoderoso en espacios sagrados en los que se realizaba el culto y los ritos. En el evangelio de Juan se hablará de un diálogo de Jesús con una mujer samaritana, en el que ya le anticipaba: “Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adorarán al Padre... los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Jn. 4,21.23). En el mismo sentido, en el prólogo del mismo evangelio leemos que “la Palabra (de Dios) se hizo carne y ha puesto su tienda en medio de nosotros” (Jn.1,14), en la persona de Jesús y en cada ser humano. Allí se le encuentra, se le ama y se le vive.

El texto que hoy nos toca leer hace un resumen de la ruina del viejo mundo; “el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas irán cayendo del cielo y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas”. ¿Se referirá sólo a los elementos naturales o en ellos aludirá a los poderes (y mentalidades) que en el viejo orden mundano dominan y –como había anotado antes (13, 9-13)- persiguen y aterrorizan a los discípulos”? “Entonces –expresado así, de manera indefinida, pero apuntando a un futuro que sólo corresponde a Dios determinar– verán al Hijo del hombre que viene entre las nubes del cielo con gran poder y gloria”. La expresión “Hijo del hombre”, sin duda, hace referencia a un texto del libro de Daniel: en medio de la visión de las cuatro bestias destructoras, anuncia: “Vi venir sobre las nubes del cielo alguien parecido a un hijo de hombre... Le dieron poder, honor y reino... Su poder es eterno y nunca pasará” (Dan. 7,13-14). Los poderes (económicos, políticos, ideológicos y religiosos) de los que pretenden dominar, someter y destruir, aunque ellos se pretendan absolutos y los sintamos con temor como invencibles, no tienen la palabra última y definitiva. Lo último y definitivo es Dios y su salvación. Lo hará a través de “un hijo de hombre que viene del cielo”, en otras tradiciones llamado su “Mesías”.

El devenir de la historia humana no se encamina hacia la destrucción y la muerte por la violencia de los poderosos, aunque así a veces lo parece. Bastaría pensar en las acciones bélicas y en los bombardeos asesinos de niños y ancianos que ocurren en nuestros días. No obstante, creemos que la presencia de Dios está activa, silenciosa y discreta, en la humanidad empujándola en definitiva hacia la salvación, la justicia y la libertad. Es lo que se llama la perspectiva “escatológica”. Creer en ella suscita la esperanza, necesaria para poder caminar con fortaleza en medio de la tribulación y el desaliento. A esto se refiere Jesús: “Verán al Hijo del hombre que viene del cielo con gran poder y gloria”. Jesús, con frecuencia, se refiere a sí mismo como “hijo del hombre”, designando de esta manera su humanidad, en lo que tiene de frágil y vulnerable y a veces con una velada referencia al texto de Daniel. En el momento de mayor humillación e impotencia, acusado y condenado por el Sanedrín, emplea la misma expresión, pero con las palabras aludidas de Daniel: “Verán al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo” (Mc. 14,62). Su propia historia no culmina en la muerte, sino en la resurrección. Y ésta no significa simplemente un triunfo personal, sino victoria salvadora para la humanidad entera, y no sólo para esperar confiados un tiempo futuro mejor, sino para vivir, actuar y transformar el presente encaminándolo hacia el fin definitivo, la humanidad nueva que Dios quiere. Es lo que manifiesta el Resucitado a

los discípulos en el monte de Galilea: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt. 28,18).

Con esta clave de confianza radical en medio de la turbación, Jesús, valiéndose de una parábola, como con frecuencia le gusta hacerlo, exhorta a los discípulos a vivir vigilantes: “Así también ustedes, cuando vean que sucede esto, sepan que Él está cerca, a las puertas... estén atentos y vigilen... ¡Velen!”. “Ustedes” son los discípulos –los de entonces y los de ahora-, la comunidad eclesial. Su misión en el mundo queda establecida: “ver” con atención lo que acontece, descubrir que el “Señor está cerca” y, como vigías que velan despiertos, “anunciar” esa Buena Nueva. En nuestro tiempo muchos “soles” y “estrellas”, muchos poderes económicos y tecnológicos dominan, controlan, indiferentes (o, quizá peor, conscientes justificando que son costos del progreso) ante la destrucción de vidas, culturas y de la misma naturaleza. Son tiempos “apocalípticos”. Urge escuchar, creer y anunciar las palabras de Jesús: “Él está cerca, a las puertas”. No con optimismos baratos. Reclaman, más bien, ver, analizar, comprender la gravedad del momento: la pandemia como acontecimiento universal, las catástrofes climáticas, que ponen al descubierto la fragilidad de ese fantástico progreso, la incapacidad de responder a problemas humanos elementales como el hambre, la pobreza, la desigualdad. Pero las palabras de Jesús no impulsan a quedarse en la denuncia como “profetas de calamidades”, sino a levantarse como profetas de la esperanza, anticipando y anunciando con el testimonio de la vida la humanidad nueva que el Hijo del hombre, el Resucitado, ya ha inaugurado.

“De aquel día y la hora nadie sabe nada... ni el Hijo, sino sólo el Padre”. Quizá es mejor así. Ahora es el tiempo de la libertad y de la responsabilidad, de la esperanza y del compromiso. Tiempo de resistencia a imperativos y modelos de comportamiento (individualismo y competencia, éxito y riqueza) que imponen los poderes económicos y tecnológicos, pero también tiempo para intentar actitudes cotidianas de solidaridad y fraternidad, de cuidado del otro insignificante y de la casa común, con la esperanza viva de que “el día (que) sólo sabe el Padre” está en camino y ha de llegar.

La lectura de la Carta a los Hebreos concluye la reflexión sobre el sacerdocio de Jesucristo, diciendo que “habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio... ha llevado a la perfección definitiva a los santificados”. El sacrificio de Jesús fue la entrega de su propia vida. En adelante ya no serán necesarios otros sacrificios. La salvación –“la perfección definitiva”- está lograda para todos. Lo que nos queda es participar, en el seguimiento de Jesús, en su ofrenda, viviendo nuestra propia vida como servicio a la misma causa por la que él entregó su vida: el Reino de Dios, como la humanidad nueva querida por Dios. De ese sacerdocio único de Jesucristo, por el bautismo, todos –laicos, ministros, religiosas, hombres y mujeres- formamos parte como pueblo santo de Dios. Los ministerios y los carismas, los estados de vida diversos, son necesarios y se sostienen dentro de esa común dignidad, todos como “manifestación del Espíritu para el provecho común” (1Cor. 12,7).

A todas y todos, como comunidad eclesial y como personas, nos corresponde la misión evangelizadora: anunciar y hacer presente la Buena Noticia de que, pese a tantas

desgracias y problemas, el Reinado de Dios está cerca y hay signos de su presencia en la vida, y en las persistentes y creativas acciones de solidaridad, de lucha por la dignidad, de testimonios de esperanza. Es importante descubrirlos, reconocerlos, compartirlos y comunicarlos.